

IN MEMORIAM

EL MAESTRO GUIDO

Le decíamos así tomando la fórmula de la primera camada de los muchos discípulos que tuvo, los de Mendoza, indicando la gran cualidad suya con que quiero recordarlo. Me parece que nadie como él los tuvo, y tantos, a su vez muchos de ellos maestros, entre nosotros y más allá. La nómina empieza (y terminará —¿por qué?— por lo que veremos) con los mendocinos, y éstos en su primera generación: Abelardo Pithod, Dennis Cardoso Biritos, Jorge Lona, Enrique Díaz Araujo (uno de los mejores, si no el mejor, historiador argentino) y hasta «el flaco Calderón»: el viejo-de-su-misma-edad-pero-también-alumno Rubén Calderón Bouchet, pensador prestigioso de historia de las ideas, si los hay. ¿Quién y dónde puede exhibirlos de tal nivel, y sólo en su primer magisterio cuyano? También los hizo en su magisterio UCA de Rosario de Santa Fe (donde lo conocí, cosa que agradecí a Monseñor Derisi el Rector escribiendo su *In Memoriam* en el diario de filosofía del derecho de *El Derecho*), en UCA Buenos Aires, en la UBA y en Chile, adonde viajó anualmente convocado por otro de ellos, ciertamente no el menor, el filósofo Dr. Juan Antonio Widow.

Pero acá empieza el problema de que la nómina no se puede verificar por las citas que se hicieran de sus trabajos, un poco porque él dio pie y otro poco por una injusticia que sufrió. Es que no escribía (¿cómo que no escribía? —libros quiero decir—) y entonces, para reconocerlo, había que usar fórmulas como «yo lo aprendí de Soaje comiendo una vez con el “Yuyo” y Fernando», o poner «Soaje. Apuntes de clase», con el consabido «mimeo», que significa unas amarillentas hojas de su enseñanza rosarina, roídas por bichos a través de los años, o también «unos apuntes tomados por Marycel o Maja de puño y letra», todo lo cual resulta ciertamente poco académico...

De los intelectuales de mi generación que en la Argentina se ocupaban de filosofía del derecho en línea cristiana, casi nadie osaba dar un pasito intelectual sin saber antes lo que pensaba el Maestro Guido, sin pispear sus apuntes

o sus rigurosas, largas, críticas recensiones o sus juicios, o sin acudir a charlar con él para cambiar ideas. Pero como su nombre en algunos lados incomodaba, era mejor «no meneallo» y entonces él sufría la injusticia que solía comentarme: «Oiga vea che: Fulano se copió de mis apuntes pero no dice de dónde lo sacó»...

En todo quiso construir desde el principio, desde la experiencia, superando con «el paso atrás» los preconceptos, las falsas presentaciones, los equívocos en el punto de partida. ¿Así que vos te creías que ser filósofo es ser un tipo enclenque, un flaco que parece vivir en las nubes o un gordito bueno, piadoso y repetidor? – Su presencia física, verdaderamente imponente, era la primera lección de autoridad y la primera reivindicación de la filosofía, como diciendo: «Aquí pisa el filósofo». ¿Así que vos pensabas que hay que andar buscando el último grito de la moda filosófica como pidiendo permiso para desde ahí entrar a dialogar aportando lo nuestro? – «Oiga, hijito, son los modernos los que tienen la carga de la prueba». ¿Y vos todavía pensabas que ser tomista es repetir las fórmulas del maestro, y razonar sobre conceptos? – «Oiga hijo vea: ...¡esos curas que se creen que lo tienen todo resuelto! ... Santo Tomás es un punto de partida, no de llegada. Es teólogo. Nosotros tenemos que hacer la *filosofía* del derecho». Vos, que pensabas que no ser relativistas ni escépticos es igual a decir que en las cosas no hay misterio, recibías la lección: – «Oiga vea che, la realidad es misteriosa». Pero cuando algunos parecen cultivar el misterio del éxito y no se entiende lo que dicen o no justifican de dónde lo sacan, él te ponía ante las cosas, en contacto con la realidad a través de la experiencia: – «El hombre debe actuar...» ¿Quién no lo ve? ¿Quién lo puede negar? Pero si me admiten esto, ¿me admitirán también que «no es indiferente como actúa»? Esa diferencia en las conductas opuesta a aquella indiferencia, se hace por comparación con normas y valores, y a ellos iba con el mismo método. Como poniendo roca sobre roca. Sin deducir la filosofía práctica de la metafísica ni de la Revelación, ¡por favor!, pero siempre mostrando la conexión y las dependencias. Como tocando el ente asentaba así, sólidamente, el comienzo de la ética.

Y así con el derecho. «Derecho» designa... No es lo mismo el derecho subjetivo que la conducta... Y las distinciones básicas, que parecían insignificantes pero después te daban el panorama para el avance, siempre como tocando el ser, gesticulando con su mano grandota y como tocando y saboreando el ser con su inteligencia... y hasta con sus dedos inmensos: «Jurídico que se opone a ajurídico, jurídico que se opone a antijurídico». «Moral que se opone a amoral, moral que se opone a inmoral». «Sentido 1», «sentido 2». Nadie como él empezaba, así, marcando primero el campo de los objetos jurídicos, distinguiendo jurídico de derecho, y luego acepciones de derecho. Después de esto, todos aquellos profesores que abordan «la ética» o «el derecho» dejando apresuradamente de lado el punto de partida riguroso y poniendo allí mismo la confusión, nos parecían casi diletantes. ¡El Maestro Guido!

Nada de deductivismo. «Oiga vea che: que la filosofía del derecho la enseñen abogados». Y empezaba la materia no con el derecho sino con el hombre, y en el hombre empezaba con el Código civil argentino, «¿por qué el codificador Vélez Sársfield distingue los hechos, las personas y las acciones?», «¿pudo hacer de otro modo?». Haciéndose preguntas... platónico. Apelando a la etimología de «pregunta», de donde nacía el chusco de que el tanguero Soaje hablaba de las «percantas», y así sucesivamente. Otra distinción notable en el inicio, ética pero aplicable al derecho: «orden real, orden moral normativo, orden moral conocido, orden moral vivido»... Que no es lo mismo, ¡eh!...

Distinguir. Lo fundado y lo fundante. El tema del hombre, el ser (donde cuando leyó a Fabro superó el problema que leyéndolo en Córdoba para su tesis se le creaba con Francisco Suárez y asumió lo del *actus essendi* distinto de la esencia y también de la existencia), el conocer (donde reivindicaba claramente el conocimiento práctico antes de que hacerlo se pusiera de nuevo de moda), el bien y el valor (donde produjo esa maravilla exhaustiva e insuperable que es «Elaboración del problema del valor», *Ethos* 1), la regulación normativa de la vida humana (creativo, originalísimo y a la vez aristotélico al mango, producida en las lecciones de Ética UCA Buenos Aires, que empiezan por «el hombre tiene que actuar...» que ya dijimos), el grupo social (donde dejó una labor difícilmente superable con singularidad descriptiva en lo social y con precisión notable en el tema metafísico de las causas del grupo) y el Estado (en la polémica del bien común asumió el antipersonalismo de De Koninck, nos dio su solidísimo «La politicidad del derecho» separata del *Boletín de Estudios Políticos de Mendoza* y defendió siempre la crítica de Meinvielle a Maritain), la economía (siempre conectó lo justo con todo lo otro, en especial lo económico, partiendo de la reciprocidad en los cambios aristotélica). De la importancia y relación de la economía con el derecho da cuenta el lugar que siempre le asignó desde el número 1 de *Ethos* (donde se apresuró a incorporar trabajos de de Corte, Laje y Dognin).

Con esos presupuestos, y la experiencia jurídica en el inicio, tenía otra historia de la filosofía del derecho y otra teoría de la justicia. El derecho no podía separarse de la política, y no se podía reducir la justicia a lo que está en juego en la disputa de Juan y Pedro en los tribunales. Así las cosas, mirabas desde arriba al liberalismo jurídico, por lo menos como una reducción, pero él iba más lejos: «Oiga vea hijo, el liberalismo es una falta de amor» (te lo decía, te quedabas perplejo, y después te dabas cuenta... tenía mucho pensado), y de entrada resultaba desacreditada cualquier posición socialista que negara la sustancialidad y espiritualidad del hombre y sus derechos. Aunque detestaba la vocinglería desatada sobre la persona y los derechos humanos. Después, como decantación y ya puestas las cosas en su quicio, venían, con la mejor metodología, las «posiciones divergentes».

Con esa metodología, ubicaba y nos ubicaba en seguida a cualquier autor en sus fuentes: «Vea hijo: Maritain es Juan de Santo Tomás». Cortaba caminos y te los allanaba. Te formaba el hábito intelectual.

Espigando en lo que escribió sobre otros encontraremos quizá lo que más valoraba y si realizó o no sus anhelos. Hablando de su maestro Nimio de Anquín («In memoriam» en *Ethos* 6/7) elogió su entrega vocacional total a la filosofía: «Una existencia consagrada, como enseñara Platón, a vivir según la inteligencia». —Hizo lo propio. ¡Vaya si lo hizo! Sacrificó, intransigente si los hubo y si los hay, y patriota consecuente, hasta su vida familiar cuando perdió todo en Mendoza en 1957 y se fue a enseñar a Brasil manteniendo la familia en su provincia natal. (Ya el Padre Julio Meinvielle, visitándolos en Alta Gracia, dictaminó sobre su esposa, Angeliquita, «es una santa»). Alguna vez le pregunté qué lamentaba en su trayectoria: «Oiga, vea hijo: he perdido mucho tiempo en vivir», —quiso decir en ganarse la vida. Atado a la idea de mantener la independencia ante el poder después de lo de Mendoza, se aferró mucho tiempo a ejercer la profesión de abogado. «Oiga vea, estoy viviendo de rentas de la época de Brasil», decía para añorar aquel tiempo en que estaba todo el día para dar clases, sin tener que ir a una audiencia de absolución de posiciones a Lomas de Zamora, o a testimoniales en La Plata, o a su cargo de abogado en el Instituto de Vitivinicultura... (Las rentas de que hablaba Soaje eran y no podían no ser las intelectuales, aunque siempre hablaba de «unos milloncejos» que iba a cobrar como honorarios ... pero no llegaron nunca, como los libros que iba a escribir... vivió la pobreza del filósofo con aceptación espiritual cristiana). En un momento dio clases en La Plata, Buenos Aires, Rosario, y posgrado sobre Hegel en Córdoba, con la familia en Alta Gracia y abogado en Buenos Aires. («Oiga, hijito, no se llene de cátedras», —decía, pero ... «haz lo que yo digo»...). Con el tiempo sus esfuerzos se reconcentrarían en el Instituto de Filosofía Práctica, que fundó con Sacheri y el legado de Meinvielle, en 1973 en su cargo de Investigador del CONICET, y siempre en filosofar...

Otro elogio que hizo hacia uno que se fue y que se le aplica puntualmente a él: «No fue una caña agitada por los vientos», —dijo de «Buby» Sacheri.

Pero una crítica que le hizo a su maestro de Anquín quizá le quepa también a él, cuando apelando a Chesterton dijo de su maestro cordobés en *Ethos* que era «el hombre que sabía demasiado»: «Su estupenda erudición acaso fue en parte un lastre, en lugar de haber sido trampolín para la síntesis especulativa y la elaboración sistemática» —escribió. Tanta erudición, tantas distinciones, tanta criba de los presupuestos... le hacían a veces (a Guido) el discurso escrito trabado, y ese aumento del rigor, paralelo al avance de sus días, hace que se nos aparezcan más frescos, «redondos», dadores de respuestas, accesibles y comunicables los apuntes de filosofía del derecho de Rosario o de ética en UCA Buenos Aires. En sus últimos días la escuché: «Oiga ... estoy escribiendo

un libro sobre la experiencia en la historia de la filosofía occidental», monumental y (supongo) inacabado.

Esa amplitud de miras, ese anclaje en los principios, ese rigor insobornable, esas distinciones, esa disposición permanente a la conversación filosófica y no filosófica aquí y allá, producía discípulos como no lo hizo nadie. Pero no era fácil entrar en el misterio de «la lección». A veces costaba llevarlo al punto que uno quería, como si no quisiera aceptar el desafío de la pregunta precisa en el tema preciso que uno quería tocar. En esos raros casos, comiendo en un restaurant de Buenos Aires o tomando un café o un helado (el café había que tomarlo en otro lugar que el de la cena) se producía como una epifanía.

Se aprendía de lo que decía formalmente... y de lo que dudaba. También tenía tematizado el punto: «Oiga hijito, el maestro debe enseñar cosas, pero también debe transmitir el grado de certeza que tiene en lo que enseña, sus dudas...». Algunas veces se me hizo la luz más con un gesto de sus cejas inmensas que con sus palabras...

No es por la clásica benignidad para con los que se fueron que elogio su paciencia. (—«¿Paciente Guido? ¡Ni loco! No le crean»). — Pero díganme qué maestro asumió como él la tarea de la lectura de nuestros trabajos, corrigiendo desde los errores de máquina a los de ortografía y a los de fondo. Hasta los esquemas: «Oiga vea, esto que Ud. hizo es un borrador», —nos espetaba cuando ya salíamos para la revista a publicarlo... Hasta... «oiga vea, acostúmbrese a releer lo que Ud. escribe... Acá hay una pequeña cacofonía, ¿ve?», y movía sus dedazos...

Después de superar las «revisiones de Guido» nos sentíamos como cuando en las prácticas de básquet jugábamos con bolsa de arena en la espalda, y al sacártelas te parecía que volabas. ¡Te le animabas a cualquiera, a cualquier auditorio, a cualquier congreso, a analizar y criticar cualquier autor, si habías superado «la prueba Guido»! Comparando, veíamos y vemos que muchos jefes de escuela, orondos con los discípulos que los citan, avalan a éstos, endosan sin revisar lo que éstos escriben, los recomiendan, entran unos y otros en el círculo del «autobombo recíproco» y se enojan con los que los critican, postergan, no los nombran o no les publican un trabajo. Él, por el contrario, exhibía para todos lados el mismo rigor, que lo hizo temible. Por eso cuando empezó a faltar a las semanas tomistas de la Sociedad Tomista Argentina, en Buenos Aires, que con su autoridad sustentaba y donde era de lejos la mayor autoridad científica, pudo decir Juan Antonio, su discípulo y amigo y huésped chileno, jocoso: «Ha descendido el nivel de las Semanas porque falta el santo temor de Guido»...

Si Fabro dice que el maestro de verdad es maestro de libertad, es porque al enseñarte los principios, al contribuir a tus hábitos, en el decurso del ejercicio intelectual lo que hacés te resulta espontáneo, propio, y hasta te podés creer original. El rigor y las distinciones de Guido te daban una potencia que po-

días experimentar también en el ejercicio profesional de la abogacía, al contestar un alegato o al hacer un recurso, o al redactar una sentencia. Te colocabas a otro nivel. Los principios y las distinciones son la mitad de la ciencia.

Cuando lo jubilaron de la enseñanza a los 65 años, evidenció la conciencia del triunfo logrado y el centro de sus palabras, ante la reunión de sus discípulos de todo el país nucleados en Buenos Aires por iniciativa de Montejano, que no fue la única vez que le hizo justicia a su obra, fue éste: «Al verlos a ustedes aquí... no puedo decir, como Bolívar, "he arado en el mar"...». Él sabía que había arado en tierra firme... El Maestro Guido.

Su magisterio fue tan grande y esa red de discípulos tan asombrosa, que pareciera que él mismo se hubiera asustado de la cosa y no sabido qué hacer con ella. Si como fundador hubiese estado a la mitad de su altura de maestro, su cátedra en UBA, o en UCA Rosario, o en UCA Buenos Aires, o la del Instituto de Filosofía Práctica, hubieran sido la refundación de la Universidad y de la cultura católica en la Argentina, en Chile, y mucho más allá... Él justificaba lo que de hecho era una inexplicable desvertebración de lo que de otro modo hubiera sido un movimiento universitario poderosísimo con una frase que quedó clásica: «Mi sucesor murió». —¡Qué vivo, maestro Guido! ¿Quién te podía cuestionar al mártir Sacheri, así aludido? Pero él nos dejó también la enseñanza para aplicar al caso: «Oiga hijo vea che: a los maestros hay que seguirlos sólo en lo que son maestros, eh...»

Dedicado a la filosofía... — Pero, ¿qué es dedicarse a la filosofía? ¿Dar conferencias? — No, sólo de vez en cuando, lo menos posible. ¿Asistir a congresos? — No. Poquitos. A Europa fue por primera vez ya muy grande. ¿Dar clases? — Poco (ya dijimos). ¿Escribir libros? — Poco. Muchas recensiones, muchas recensiones críticas, criticísimas... (Maestro: ¿y los libros anunciados y amenazados? — Estrategia sin tiempo la de Soaje...).

Dedicarse a la filosofía es... filosofar... ¡Eureka!, me dirán que es obvio. Pero es así. El filósofo tiene que filosofar. Él, buen decidor, dicharachero, conversador, apologizaba su actitud, ¿cuándo no!, con una anécdota de un mucamo de no sé qué escritor, que críticamente violaba el secreto de la función contando: «Fulano está siempre escribiendo, siempre escribir, siempre escribir, todo el día escribiendo... yo me pregunto cuándo piensa Fulano». Pensar y repensar, como El Maestro Guido.

Cuando una vez le preguntamos qué quería hacer si no tuviera que ocuparse tanto de ganarse la vida, de viajar y dar clases, respondió: «Leer a Platón, a Aristóteles, a Santo Tomás, San Agustín, a Kant y a Hegel». Nada más. —Últimamente había emprendido la lectura de cabo a rabo de la Biblia.

Leer, subrayar, hacer apuntes, esquemas. Repensar. Dar el paso atrás. «Cómo debiera ser el tratamiento de...» se convirtió casi en un lugar común en su decir.

«Oiga vea che: nosotros no podemos competir con los europeos. Ellos tienen allí todo. Y andan todo el día apurados y escribiendo libros. Pero nosotros tenemos que dedicarnos a repensar las cosas». Y doy fe que muchos europeos admiraron su rigor, su sapiencia, su manejo de «la literatura», como dijo uno admirando el Instituto que él creara, y –también me consta– elogiando: «no tenemos en Europa una revista de filosofía práctica como *Ethos*».

Dejo constancia que cuando estuve en Europa en contacto con varios maestros, pude calibrar la dimensión superior del mío. Volcado a la filosofía práctica y admitida su relativa subordinación a la especulativa, era como si él se hubiera dicho a sí mismo: «Soy filósofo y nada de lo filosófico me debe ser ajeno». Me parece que los profesores que conocí en Italia no tenían la solvencia de él en ambas partes, la teórica y práctica, de la filosofía.

Ese realismo tan suyo lo aplicaba a la teología. Una vez que di un curso sobre la Beatitud en Santo Tomás le pedí consejos. «Oiga vea hijo, deje ese intelectualismo... Hay que buscar una analogía con las cosas de la tierra... la felicidad es como estar en familia. Es como ver las personas que queremos y queremos ver y nos gozamos en la intimidad con ellas...». Si leyera que yo escribiera «Soaje, o la familia para entender a Dios» él me hubiera criticado («Son cosas de Héctor»), y más de uno se hubiera extrañado, ... pero repito su lección. ¡El Maestro Guido!

Si tenías que dar una conferencia el martes en Santa Fe de la Vera Cruz, pero el viernes anterior dejabas Buenos Aires para irte a San Nicolás de los Arroyos y le pedías consejo tenías que soportar su clásica «estrategia sin tiempo», cuando te remitía a una biblioteca muy buena que había en el Gran Buenos Aires donde había un libro en no sé qué idioma que seguro no lees y en varios volúmenes y la biblioteca abría los miércoles y... «de los maestros hay que aprender en lo que son maestros», –solamente.

A veces parecía que su sentido de la vida, de cristiano se pasaba a estoico, como cuando se descompuso una vez, se fue a internar y lo buscamos por Buenos Aires, por Mendoza, por Chile... No avisó a nadie. Soaje había desaparecido. Estaba sólo, como arrumbado en un sanatorio... De eso no hay que aprender de él, aunque denota un dominio extremado de sí mismo. Pero sí de su confianza en Dios, de su visión providencial, del Maestro de Cristianismo que fue. Gustaba repetir: «Oiga vea che: Nuestro Señor nos enseña que a cada día le basta su afán...» Fervorosamente anticlerical, Guido fue maestro de cristianismo. Cuando hablaba de Jesús decía siempre, en efecto «Nuestro Señor Jesucristo».

Guido fue maestro de filosofía, maestro de cristianismo, y maestro de argentinismo. Lector notable, también se sentía obligado por la Patria a hacerlo, y estaba al tanto de nuestra historia, de nuestra política del día, de lo que se lee y de lo que no se lee, de los meandros de la cosa pública, de los negociados de la economía, nacionales y del poder mundial.

Paralela a su preocupación filosófica fue su sentir argentino. «Oiga hijito, yo soy criollo viejo», –decía y siempre se enorgullecía de sus ancestros, que al parecer llegaban cerca del fundador de la Córdoba de la Nueva Andalucía, el español Jerónimo Luis de Cabrera, o de aquel coronel Ramos, que sirvió con Juan Manuel de Rosas. Exhibió siempre una confianza, que a veces parecía no correspondida en los hechos, en las posibilidades concretas de un resurgir nacional siempre postergado, y especial confianza en el pueblo argentino más que en sus dirigentes. No tuvo razón en algunas profecías, pero sí la tuvo contra el desaliento cuando los nubarrones insinuaban que no había salida y el derrotismo parecía confirmado. Salíamos... Durante la guerra de Malvinas hizo su aporte escrito con un folleto sobre el complot contra la Patria.

«¿Cómo anda Dr. Soaje? –Muy bien che. Aquí estoy... mientras Dios Nuestro Señor no me llame... Soy un sobreviviente. ...Yo estoy dispuesto a hacer Su Voluntad, pero estoy bien aquí eh... Que no Se apure ...». Ahí me contó lo del libro sobre la experiencia, y sonreía fuerte, entero, inmenso.... Yo le hablaba por un libro mío en redacción y en esa conversación me apuró para que lo terminara. (¿Con qué autoridad, maestro Guido, casualmente vos me apurás para que termine un libro?). –Fue la última vez que hablé con él, telefónicamente a Alta Gracia, el 6 de noviembre de 2004 ...

En la Argentina y en su entrañable Córdoba, como hubiera querido, precisamente en Alta Gracia en cuya tierra fue enterrado, según quiso, el 13 de marzo de 2005, a los 86 años, se nos fue el jefe de la escuela tomista de la filosofía del derecho. Fue el más grande. Lo digo sin autoridad, con dolor, comprendido en las generales de la ley y lo firmo, como acostumbro.

HÉCTOR H. HERNÁNDEZ